

## CRÍTICA DE LAS CIENCIAS OCULTAS

### CAPÍTULO XI

*Alquimia y nigromancia. - Poder de la magia. - Los espíritus. - Los fantasmas. - La voz de los espectros. - Caracterología. - El movimiento continuo. - Crítica de los alquimistas.*

351. El Más estúpido de los discursos humanos y que por tal debe ser tenido, es aquel que se dirige a la credulidad por la nigromancia, hermana de la alquimia, la cual sin embargo ha creado cosas simples y naturales. Pero la nigromancia es más criticable que la alquimia, ya que ella nada produce, si no algo que es idéntico a sí misma: es decir, la mentira.

No hay engaño en la alquimia que es administradora de los simples productos de la naturaleza y cuyas funciones no pueden producirse por la misma naturaleza, porque en ella no hay instrumentos orgánicos con los cuales pueda realizar lo que el hombre realiza con sus manos y así ella ha creado el vidrio, etc...

Pero esta nigromancia, verdadero estandarte y bandera flameante al viento, arrastra una loca multitud que atestigua con clamor los infinitos efectos de este arte; y los libros llenos de tales cosas afirman que los espíritus encarnados aparecen y hablan, sin lengua, sin el instrumento orgánico indispensable al lenguaje. Y no solamente hablan, sino que levantan pesos muy pesados, provocan tormentas y hacen llover, hacen que los hombres se conviertan en gatos, lobos y otros animales, bien que de todos ellos el único verdadero animal sea: ¡el que tales cosas afirma!

Ciertamente, si la nigromancia fuera en realidad lo que los espíritus inferiores afirman, nada sobre la tierra podría igualarla, para servicio y perdición del hombre. Si fuera cierto que ese arte da el poder de turbar la tranquila serenidad del aire y cambiarla en aspecto nocturno, de desencadenar los vientos con truenos espantosos y rayos desgarrando las tinieblas y con huracanes capaces de derribar los edificios, de desarraigar los bosques y exterminar los ejércitos dispersándolos y derribándolos a tierra; y de fomentar además las terribles tempestades privando a los labradores del fruto de sus esfuerzos; ¿qué guerra podría igualar semejante daño, para atacar al enemigo que ha de privarlo de sus cosechas?

¿Qué batalla marítima podría ser comparada a aquella en la que se ordenaría al viento y en la que cualquier flota sería arruinada y sumergida? Ciertamente, el que comandara a tan impetuosas potencias sería señor de los pueblos y ningún genio humano podría resistir a sus implacables fuerzas.

Los tesoros ocultos y las grandes gemas escondidas en el seno de la tierra le serían descubiertas. Se haría llevar a través de los aires de Oriente a Occidente hasta los rincones más ocultos y opuestos de todo el universo ...

Pero, ¿para qué extenderme más? ¿Qué cosa podría resistir a un tal artífice? Casi ninguna, excepto suprimir la muerte. Y si la magia es verdadera, ¿por qué no ha permanecido entre los hombres que tanto la desean y que no tienen miramientos con deidad alguna?

Esto es de una importancia infinita para el hombre que anularía a Dios con todo el universo con tal de satisfacer sus apetitos.

Si la magia no ha permanecido entre los hombres, siéndoles tan necesaria, es que ella no ha existido ni existirá jamás. Por definición, el espíritu es lo que hay de invisible en el cuerpo; y en los otros elementos no hay nada de inmaterial, puesto que allí donde no hay cuerpo, hay vacío; y el vacío no existe en los elementos, puesto que ellos lo llenarían de inmediato. (R. 1213).

352. ¡Yo quiero hacer milagros! Teniendo menos que otros hombres más tranquilos: aquellos que quieren enriquecerse en un día viven en la mayor pobreza, como sucede y como sucederá eternamente con los alquimistas, con los que quieren fabricar el oro y la plata, con los que creen que el agua muerta es capaz de dar vida activa a sí misma, mediante un movimiento continuo, y con el supremo tonto: el nigromante y encantador. (R. 766).



*Composición alegórica. Colección de Christ Church College, Oxford*

353. Tomemos justamente, para esta faz de la cuestión, la definición del espíritu: una potencia unida a un cuerpo que no puede regirse a sí mismo ni hacer por modo alguno un movimiento local.

Y si tú afirmas que el cuerpo se rige a sí mismo; tal cosa no puede suceder en los elementos, porque si el espíritu es una cantidad incorpórea, esta cantidad es llamada vacío y en la naturaleza no existe vacío; y dado que existiera, de inmediato sería llenado por la ruina del elemento en que el vacío se hubiera producido.

Luego, por la definición del peso, que dice: la gravedad es una potencia accidental, creada por un elemento atraído o impulsado por otro, se deduce que cualquier elemento que carezca de peso en su propio elemento, es un peso en el elemento superior más sutil que él, como se ve. Una parte de agua no tiene más peso o ligereza que otra: pero si la sacas al aire, entonces ella adquirirá peso y ese peso no se puede sostener por sí mismo; de ahí que su ruina sea fatal, y la cosa que cae en el agua, no importa donde, desplaza esa agua.

Así ocurriría con el espíritu que se hallara entre los elementos; continuamente generaría vacío en el elemento en donde se hallara, y por ello le sería necesario huir sin cesar hacia el cielo, hasta salir de la zona de los elementos. (R. 1213).

354. Hemos probado que el espíritu no puede mantenerse en los elementos sin un cuerpo, ni moverse por sí mismo por acto voluntario. Al presente diremos que si el espíritu toma un cuerpo aéreo, es necesario que se incorpore al aire, porque si no le estuviera unido, estaría separado y vendría a generar el vacío, como lo dijimos más arriba.

Es necesario, pues, de querer permanecer en el aire, que él se infunda en una cantidad de aire y si se une al aire, se producen dos inconvenientes; a saber: tornará demasiado liviana la cantidad de

aire a la que se haya unido, y por esto el aire, por sí mismo, lo llevará hacia lo alto; no podrá mantenerse en el aire más pesado que él. Por lo demás la virtud espiritual esparcida se dispersará y perderá su naturaleza y así se extinguirá.



*Composición alegórica. Colección de Christ Church College, Oxford*

Añadamos un tercer inconveniente: ese cuerpo aéreo, tomado por el espíritu, está sometido a la penetración de los vientos que sin cesar desunen y separan las partes unidas al aire, girando y revolviéndose en el otro aire. Luego, el espíritu infuso en aire, sería desmembrado, y verdaderamente desgarrado y roto por el desmembramiento del aire en el cual se hubiera infundido. (R. 1214).

355. Es imposible que un espíritu infuso en una cantidad de aire pueda mover este aire, y ello es evidente: el espíritu torna liviana la cantidad de aire en la cual se ha infundido. Luego, ese aire se elevará en altura, por encima del otro aire, y esto sucederá por la propia liviandad del aire y no por la voluntad del espíritu; ¿y si ese aire sufre la acción del viento? (R. 1215).

356. Queriendo mostrar si el espíritu puede hablar o no, es necesario definir lo que es la voz y cómo se produce. Diremos, pues, que la voz es un movimiento del aire frotado dentro de un cuerpo denso; y un cuerpo denso frotado por el aire (lo que es lo mismo), en ese frotamiento lo condensa, lo rarifica y forma resistencia; y, además, por la velocidad de lo rarificado dentro de lo rarificado lento, se condensa el uno y el otro por su contacto recíproco y producen un sonido o gran ruido.

Diremos, pues, que el espíritu no puede emitir voz, sin un movimiento de aire. Y en el espíritu no hay aire, y si lo hubiera él no podría expelerlo, y si quisiera mover el aire en el cual se ha infundido, sería preciso que el espíritu lo multiplicara.

¿Tiene el espíritu voz articulada y se le puede escuchar? ¿Y qué cosa es "escuchar" y "voz"? La onda de la voz atraviesa el aire, como la imagen de los objetos va a los ojos.

¡Oh matemáticos, haced luz sobre estos errores!

El espíritu no tiene voz, porque allí donde hay voz, hay cuerpo. Y allí donde hay cuerpo, hay ocupación de lugar lo que impide al ojo ver las cosas que estén colocadas detrás de ese lugar.

Luego, pues, ese cuerpo llena todo el aire circundante, a saber, por estas imágenes. (C. A. 1872).

357. No puede haber voz allí donde no hay movimiento ni percusión de aire, y no puede haber percusión de aire allí donde falta el instrumento, y no existe instrumento que sea incorpóreo. Establecido esto, un espíritu no puede tener ni voz, ni forma, ni fuerza; y si toma cuerpo, no podrá penetrar ni entrar allí donde las entradas se hallen cerradas. Y si alguien dice: "Por congregación de aire y atrayéndole hacia él, el espíritu toma cuerpo de formas variadas y por ese medio habla y se mueve con energía"; a esto yo responderé: que allí donde no hay nervios ni huesos, no existe fuerza operatoria para ninguno de los movimientos realizados por espíritus imaginarios. (B. 4, v.).

358. De la falaz fisionomía y de la quiromancia, no me ocuparé, porque ninguna verdad existe en ellas; esto es evidente; y tales quimeras no tienen ningún fundamento científico. (LU. 292).

359. Cierto es que los rasgos de la cara muestran en parte la naturaleza del hombre, sus vicios y su temperamento. Así, en el rostro:

- a) Los signos que separan las mejillas de los labios y las aletas de la nariz y las órbitas de los ojos son prominentes en los hombres alegres y siempre risueños; los que tienen estos rasgos poco marcados, son por el contrario dados a la meditación.
- b) Aquellos que tienen las partes de su rostro de gran relieve y profundidad son por lo general bestiales, violentos y de muy escaso razonamiento.
- c) Los que tienen arrugas colocadas entre las cejas y muy pronunciadas, son irascibles.
- d) Los que tienen las líneas transversales de la frente fuertemente marcadas, son hombres que se lamentan mucho en secreto o en público.

Otro tanto puede decirse de muchos otros rasgos.

Pero, ¿de la mano? Tú hallarás un gran ejército exterminado en una misma hora y un mismo lugar bajo la espada, y nadie tendrá en sus manos las mismas líneas que otro; lo mismo sucederá en un naufragio. (LU. 292).

360. ¡Oh, buscadores del movimiento perpetuo, cuán vanos son vuestros propósitos a los que perseguís en semejante búsqueda! ¡Juntaos con los buscadores de oro! (R. 1206). 361. Nadie debe desear lo imposible. (E. 31, v.).